

santa isabel

febrero

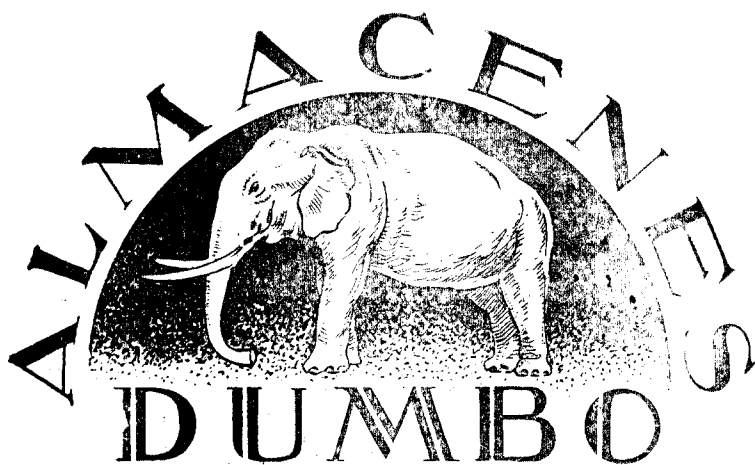
1968

la guinea española



año LXVI

n.º 1622



de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{OS.} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

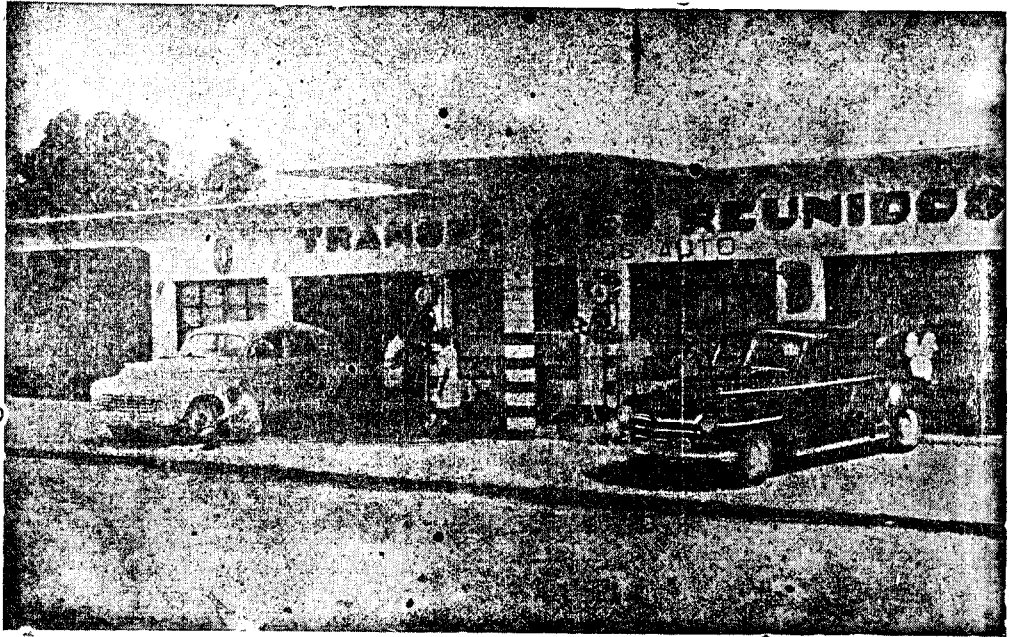
SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



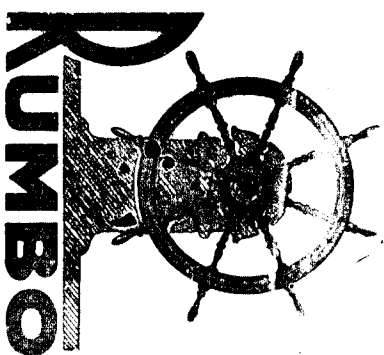
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL, EDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son..

¡¡ Magníficos !!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
DO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1622

**Santa Isabel, Febrero
de 1968**

Depósito Legal—F. P.. 10—1959.

Sumario

Pág.

La Perla de Bíafrá, por <i>Marcelino Romero C. M. F.</i>	18
EL CULPABLE.....	21
Excursiones por la Isla de Fernando Poo, por <i>Luis J. Marhuenda</i>	29

PORTADA

Bello ejemplar de niño bubi

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas

LA PERLA DE BIAFRA

Presentación de un libro sobre Fernando Poo

Por Marcelino Romero Taboada

FERNANDO POO es una isla que se la abarca de un vistazo, pero de tanta belleza natural que ni mil ojos mirando como águilas recogen sus paisajes. Tal vez es hija del mar y enriquecida desde niña con sobrado derroche. No caben más cosas en menos extensión. Nada le falta porque es rica en demasía. Su nombre, con el cual se la debiera llamar, ese que resulta turístico y además verdadero, sería PERLA DE BIAFRA. Hasta unos años atrás resultó para algunos casi una isla maldita, buena para perder la juventud y enriquecerse de enfermedades. Hoy vivir en ella puede ser el regalo de una docena más de primaveras. A sus costas no tardarán en llegar miles de pies lejanos, ansiosos de la caricia ardiente de sus aguas. Por las crestas difíciles de sus picos, pasarán cientos de turistas en busca de ese placer que da la altura arriesgada. Será una isla sin secretos, abierta a todas las rutas turísticas.

El sol, la lluvia y el mar parece que se han enamorado de ella, la cual se levanta en numerosos montículos como para dar gracias al cielo y merecer siempre estos regalos. Habrá gente que pise la tierra de esta PERLA y le parezca que anda

sobre guijarros. Son aquellos viajeros que van a cualquier parte con la carga de los prejuicios y con los ojos vendados. Les falta esa mirada limpia y abierta con la que hay que contemplar la naturaleza. De lo contrario no eleva, sino que embrutece.

Todo turista debe ser como una abeja que liba en esos maravillosos rincones que el Creador ha repartido por la tierra. Volverá a su hogar fecundado por más variadas flores culturales sin dejar en el país visitado ningún picotazo como recuerdo. El turismo es un buen lazo para hermanar a los pueblos y un camino seguro de conocimiento propio.

Las personas cuentan siempre a la hora de elegir el lugar, pues nadie se va a Australia para vivir entre esas primitivísimas tribus que casi se acercan más a animales domesticados que a hombres. Pero el papel más importante lo juegan los elementos naturales: el paisaje que roba los ojos, el sol invitando al ocio y ese cielo limpio que parece está a nuestro lado. Sol y cielo en ninguna parte faltan, pero se sienten tan distintos en cada trozo de tierra! Cuando un puñado de nubes mironas y perezosas, incansablemente lloriqueantes otras

veces, juega al escondite con el sol, parece que éste nos quema la alegría y el cielo se nos cae a los pies. Sin ellos no existen planes de turismo.

Miramos poco al cielo. Gracias que él nos contempla, porque al esconderse, nos rodean nubes de tristeza. Quien ha vivido en esas cárceles enemigas de la luz, valora justamente un trozito de cielo, mensajero incansable de no sé qué optimismos y esperanzas. Sí, hay muchas cosas que andan por las nubes, pero ¿cuánto vale el azul que está por encima de ellas? Menos mal que no se lo puede robar, si no guerrearíamos por él como por la tierra. Esta nos divide y aquél nos cobija, nos abraza y nos une. Saber mirar el cielo equivale a caminar bien en la tierra. No tropiezan en ella quienes llevan los ojos altos sino aquéllos que jamás los alzan. Sí, el cielo está lejos para los que viven demasiado cerca de la tierra..

El cielo es mucho en el turismo, pero no lo es todo. Se necesita ese sol desnudo que nos mira igual que un amigo de manos generosas, cansado cada día de hacer el bien sin distinguos. La luna tiene muchos amantes que la cantan, pero no tantos para amarla como el sol. Madruga éste siempre y nos da el regalo de la sombra que es un reclamo a superarnos, a correr allí donde nadie hace sombra a nadie, porque se está por encima de todo.

Si esta PERLA DE BIAFRA goza de muchas horas de sol, nunca le

falta el mar y la motaña, el cielo limpio y la lluvia abundosa que se dividen los días del año, ¿de qué dones carece para que casi la llamemos un paraíso en pequeño? Sus habitantes ven aún al Creador en muchas cosas. Lo sienten muy cercano, como si estuviese terminando de retocar esta PERLA de la Isla. Las leyendas conservan frecuentemente la fuerza de una ley. La razón no ha podido dominar a la imaginación. Esta reina y esclaviza todavía a quienes han comenzado a caminar por las sendas de la libertad. La imaginación es aquí una diosa a quien se la sirve sin pensar en sus ridículas e insostenibles exigencias. El temor pesa más que el amor en la conciencia de estas gentes. Sus defectos son más hijos de una obediencia ciega que de una rebeldía razonada. El libro de la naturaleza alcanza casi la misma autoridad que el de la biblia. Solo quien ha escrito los dos, podrá juzgarlos sin faltar a la misericordia y a la justicia. Como su fe es tan grande, mayor será el perdón.

En los ojos del hombre caben todos los paisajes, por eso es grande y con necesidad incontenible de hacer turismo. Sabe que abundan sin cortar las hojas del libro más barato y más grande y profundo: el de la naturaleza. Y en pueblos como éste, sus páginas están sin emborronar. Porque si es cierto que el hombre es rey y señor de las cosas, no siempre acierta a dominarlas. A veces lo esclavizan, y no es raro que cuanto más técnica posee menos libertad le queda. Aquí no sucede esto. La gente se encuentra hermanada con

la naturaleza, aunque de vez en cuando aparezca ésta como la hermana mayor y traté al hombre más como a hermanastro que como señor. Pero ¡sabia lección de estos pueblos jóvenes! la vida de este pueblo es un esfuerzo por respetar las leyes naturales más que rebelarse contra ellas. Saben lo vengadora que es la naturaleza cuando se quiere caminar de espaldas a ella.

Con estas páginas en las manos le resulta fácil a la razón explicar todo eso que se revela sin sentido. El autor las ha escrito para ser un guía del pasado y así comprender mejor el presente de la Isla. Le brinda esos caminos por donde puede ver sin tropezar, empaparse de belleza sin que se mojen sus pies. Las páginas de este libro no son cuadros de un maestro en los que se recogen las maravillas de esta PERLA DE BIAFRA. son flechas que le encaminan a uno a contemplarlas y le indican ese punto, imposible de encontrar por sí solo, desde el cual se es de verdad espectador de esos panoramas que parecen escenario de ángeles. Siguiendo el hilo de sus páginas no se pierde uno en el laberinto de belleza tan variada. El alma misteriosa de estas gentes se aclara a través del marco natural de sus vidas. Con la red de las páginas de este libro, cualquier turista podrá atrapar los tesoros artísticos que el Creador ha escondido en la Isla. En su pequeñez más no cabe Lea el libro cuanto antes y sus ojos cobrarán una visión de águila. Se los abrirán a este mundo increíble y no soñado de esta Perla.

Doy fe de que el autor se hizo

andariego de todos los caminos, y creó los suyos para que Ud. lector tuviera algunos más; revolió muchos artículos y libros para que los datos recogidos fuesen los que Ud. habría de buscar al venir a estas tierras. El ha volado como abeja que no conoce el cansancio y se ha posado en aquellas personas que le podían regalar el dato típico y tal vez olvidado, la clave para abrir ciertos misterios. Ha fabricado el libro con material traído de muy lejos y acarreado con amor desinteresado. Más de uno, igual que a Noé, le ha mirado con irrisión cuando puso manos a la obra. Pero quien se embarque en sus páginas, navegará por esta Isla como por un mar sin peligro. Todas ellas buscan un solo puerto: descubrir las maravillas de esta PERLA DE BIAFRA.

No dudo de que el turista dejará la Isla con nostalgia y sentirá terriblemente el tirón de la despedida. No sabrá decir «hasta siempre» a sus gentes. Con esta ambición se han redactado estas páginas que tratan de ser un reclamo siempre vivo y una invitación, jamás rechazada, para comprobar lo que en ellas se cuenta. El libro ha venido al mundo para ser Lazarillo en los caminos que rasgan la geografía de la Isla y guiar a cualquier caminante. Hay en ellos demasiada luz para las pupilas turísticas y sin la ayuda de sus páginas se vería muy poco. Si cada libro es un amigo, éste que tiene en sus manos será desde hoy SU AMIGO. Le repetirá las mismas cosas, pero diferentes cada día.

Pamplona, 1968,

EL CULPABLE

Un relato, fiel todavía, por los rincones de la vida en Santa Isabel

El haoussa habla bilingüe. Cuando se dirige a todos nosotros lo hace en «pichinglis». Cuando recita sus complicados exorcismos utiliza un árabe querulante y raspón.

—Ahora tú.

Ha señalado con la mano a Ndongo. Este avanza hacia la arena de playa oscura, del tono de la Costa del Sol, que está extendida sobre un trozo de tela blanca. El haoussa le detiene enérgico. Se enfada en arábigo y su ayudante traduce secamente.

—Quítate el zapato del pie derecho.

Ndongo se despoja del calzado.

Va a poner el pie sobre la arena. El haoussa alarga el brazo prohibitivamente. Ndongo se desconcierta un poco. Unos monosílabos del santón a su acólito, que traduce:

—Debes quitarte los calcetines también.

Ndongo se quede a pie junto. El haoussa le coloca la planta sobre la arena. Al retirar el pie, queda la huella en vaciado. El haoussa contempla, moroso, la impresión humana. Hierático, ausente, comienza a escribir con lápiz rojo frases verticales de izquierda a derecha. Ndongo está sudoroso. La copiosa transpiración le perla la frente, la barba, el cuello, los brazos. Se sentía atemorizado. Por la significación del acto y por la fama del brujo. Miró a los otros. Todos desorbitaban los ojos hacia los signos que el haoussa escribía ensangrentándolos de tinta china roja.

—Que pongas la mano también.

Ndongo respingó. Por un momento se había distraído mirando las caras de los demás:

Retira la mano manchada con el polvo de la fina arena. El haoussa vuelve a escribir. Siempre en rojo y de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha.

Sobre la tela blanca del suelo, la arena parece una minúscula playa artificial.

Ha terminado la prueba con Ndongo. El haoussa alisa la arena y con el dedo vuelve a rehacer las cuadrículas y las vuelve

a habitar con los signos zahories. En cada compartimento traza un dibujo cabalístico o tal vez una letra árabe. Se espesa entre los africanos un temor supersticioso y denso.

—Coloca el pie aquí— le dice ahora en «pichi» a Ntutumu.

Ntutumu obedece. Su planta holla los dibujos centrales del cuadrilátero.

El haoussa aumenta el «suspense» de los espectadores. A cada lado del pie desnudo coloca un puñal que sostiene verticalmente con las manos y pronuncia un inane monólogo en árabe. Está inclinado y sólo vemos su rojo fez de borla negra.

—Aparta el pie.

Mira la huella. Le requiere de nuevo:

—Ponlo otra vez.

Observa los rostros con la escrupulosidad de un médico que anotase unos síntomas epidérmicos.

—Coloca ahora la mano.

Se dirige a Ndongo.

—Tú pon también la tuya.

En la divisoria de las dos manos coloca, incidente, el puñal más largo.

Ahora levanta el libro en el que están escritas las extrañas oraciones. Lo sostiene en alto por encima de las cabezas de los dos sospechosos y en esta posición da vueltas alrededor de los presuntos culpables.

El haoussa se dirige a mí. Me entrega papel y lápiz y me pide:

—Escribe el nombre.

Me lo traducen del «pichinglis». Extrañado, inquiere:

—¿Qué nombre?

—El de Ndongo.

Lo hago y le entrego la hoja.

La ceremonia se vuelve a repetir con Ntutumu. El puñal colocado entre los dos, inclinándolo hacia la izquierda.

Abre la astrosa carpeta. Extrae un papel viejo, acuartelado en varios rectángulos, cuyas esquinas están eferescidas por tupidos dibujos rectos, que recuerdan el hacer de Picasso.

El haoussa lo contempla todo desde el filtro de sus gafas ahumadas. Al margen del impreso sigue escribiendo verticalmente. Abre nuevamente la cartera de oficinista de brujo. Saca otro puñal más nuevo con el que traza una recta fina sobre la arena.

—Pon la mano aquí.

Ahora es sobre el papel cuadriculado cabalísticamente donde Ndongo debe posar su diestra.

Prepara nuevamente el escenario para que lo protagonice otro de los sospechosos. Alisa la arena. Vuelve a cuadricularla, un poco a la pata la llana, irregularmente. En cada pequeño cuartel sitúa otra vez los signos que ya conocemos. Y vuelve a escribir a la derecha del recuadro en escala descendente un jeroglífico mahometano.

En este punto se multiplican los efectos. Ahora deben ponerse los tres sospechosos con sus pies, sobre la arena, limítrofes. Los puñales en la divisoria de los pies, como una amenaza enhiesta, confirmadora del tono áspero de los ininterrumpidos restos árabes.

La sugestión opera sobre los pretendidos ladrones. Lo arcano del lenguaje y de los símbolos gráficos les hace pensar en fuerzas inexplicables y, tal vez, incontrolables. El haoussa aprovecha su ansiosa expectación. Les observa las palmas levantadas y escribe, ahora con lápiz rojo, sus conclusiones quirománticas.

Los ojos de todos los negros se hacen ventosas para el misterio. Quieren sorber lo inexplicable, la alquimia portentosa de la brujería. Todos están imantados, atentos, fijos en las manipulaciones del haoussa.

Todos, menos el ayudante del brujo. Uno joven «oberri» de unos 19 años. Durante toda la ceremonia ha mantenido humeante una larga varilla que despide un olor como de incienso.

El haoussa parece obrar al dictado de invisibles espíritus. Y escribe un nuevo nombre: Ayongono.

La tensión de los nativos no cede. Es algo vivo. Algo que hasta se podría medir en tantos por ciento estadísticos. Un estado emocional absorbente que les hace olvidarse de todo. Hasta de la terrible monotonía de este rito incansable. monótono, enloquecedor en su simplista reiteración. No importa. Ellos parecen ajenos al cansancio de un ritual persistente, igual a sí mismo en su reiteración interminable.

En efecto. El visionario vuelve a construir la cuadrícula en su juego de arena. Otra vez la conocida fragementación del rectángulo en cuarteles centrados por los respectivos signos cabalísticos. Vuelve a incidir el reluciente puñal sobre el protagonista cuadro central.

El haoussa es también insensible a la impaciencia. Imperturbable permanece sentado a la usanza mora con las piernas ple-

gadas. Otra mano negra ha proyectado su sombra sobre el papel cabalístico y ha dejado su huella sobre el retazo de playa.

El ceremonial prolifera en detalles nuevos. Ahora el adivino coloca en la arena, al márgen externo del rectángulo, un grupo de bolitas de naftalina.

Hierático, ajeno, el haoussa prosigue su trabajo. Coloca sobre las cabezas sospechosas el papel exorcizador en el que figuran los dibujos y los grafismos, mientras sigue rezando en su confuso arablinglis

El haoussa viste una camisa blanca que le llega hasta los zapatos. Sobre ella lleva, a modo de abrigo, otra de color azul. Zapatos negros corrientes, abrochados en lazada.

Ayongono sigue atento todos los manejos del haoussa. El haoussa y no la policía es el que sabe lo que se trae entre manos. No hay más que verlo. Ahora reza con el papel cuadriculado sujeto como si fuese una bandera. ¡Qué importa que el señor y la señora se rían en estos momentos! Son blancos e ignoran el camino de los espíritus. El haoussa reza intensamente. Son palabras atropelladas entre las que, a veces, se atina a discernir la voz «ahora» «ahora». Se comprende claramente que conmina a los espíritus para una pronta aparición. Es hombre que sabe cosas importantes, aunque los blancos están con expresión de irónico excepticismo. Son ritos que no se podrán repetir.

El ayudante sostiene un papel rojo y sobre él el puñal vertical.

Nuevamente Ntutumu y Ndongo ponen la mano sobre el papel apuñalado. La jerigonza del brujo es un río desbordado, incontenible, al que no hay nada que lo detenga. Reza y se mueve como si supiese de memoria el complicado rito. Ahora obliga a colocarse en fila, tras el papel zahorí, a cinco de los sospechosos. Todos deben poner sus manos sobre el papel, cual si se tratase de una ordalía blanca, una ordalía aséptica y sin sufrimiento. Los gestos no pueden improvisarse. Han de tener la rigidez de un robot. Por eso lo primero que hay que hacer es poner la mano en alto para luego bajarla pausadamente hasta que llegue a tocar el papel.

La escena casi adquiere sabor militar. Los sospechosos, en el intervalo de un rezo, han de permanecer con las manos en alto en espigado saludo falangista. El haoussa pone de nuevo el papel en la arena y sobre él, el puñal acusador. El humo del exorcismo incensa, infatigable, el ambiente. El haoussa les compite a bajar las manos y a cerrar los puños. Ahora les ha hecho comu-

nistas de la adivinación. La voz, conminante, se hace una requisitoria ominosa.

—Ahora cerrar.

Una breve pausa.

—Ahora abrir.

Y las manos se unen de nuevo en haz convergente. Sucesivamente les conmina a abrir o a cerrar las palmas en un ejercicio de gimnasia mínima.

Ayongono no quita ojo a ninguno de los detalles de la escena. El sabe perfectamente que con las invocaciones, con los conjuros, los espíritus se sentirán obligados y, quieran que no, tendrán que acudir a la cita del haoussa. Y aunque el culpable haya hecho morimó para enturbiarlo todo, no le servirá gran cosa. Los espíritus tendrán que señalar al ladrón por intermedio del brujo. Aunque no quisieran será siempre así. El lo sabe bien. ¿Qué otro significado pueden tener sino esos inacabables arabismos que reza el santón en tanto sostiene el puñal sobre el papel escrito? Sobre los trozos de papel en que están escritos los nombres sospechosos. ¿No habla de forma sincopada, como si estuviese interpellando a alguien? Ello es prueba de la zozobra que le producen las revelaciones que le van haciendo los espíritus.

Ahora ya sólo quedan dos sospechosos. Los puñales inciden en paralela verticalidad sobre las dos hojas en las que están escritos los nombres de los dos.

—Su nombre; su nombre...

El haoussa, en pichinglis sostenido, reclama a algún poder oculto que le revele la identidad del ladrón.

Ayongono lo observa todo con avidez contemplativa. Y cada vez se percata más del poder del haoussa. Parece un predestinado. El signo revelador de su facultad nigromántica no puede ser más extensivo. Es impresionante ese eje derecho en el que hace de monstruoso iris una gran nube blanca.

—Os vais a sentar en el suelo.

Obliga a los sospechosos residuales a acomodarse un poco mahometáneamente, en tanto que el puñal ahora apunta hacia el cielo. Rompe en pedazos uno de los papeles.

—Masa, tienes que llamarles.

¡Esto sí que es desconcertantel

Ayongono mira atónito al hechicero. ¿Cómo se le habrá ocurrido

mezclar en una ceremonia ocultista y sagrada al hombre blanco, tan poco respetuoso con nuestras creencias, que basta con miradas risas intervaladas?

—¡Ntutumul ¡Ntutumul ¡Ntutumul

Indudablemente D. Claudio hace esfuerzos gigantescos para no soltar la carcajada. La voz le sale temblona, intermitente.

—¡Ndongo! ¡Ndongo! ¡Ndongo!

Aunque sin convicción por parte del blanco, el rito ha sido cumplido. D. Claudio ha cogido el vaso vacío y poniendo la boca en el centro ha pronunciado los dos nombres dirigiendo la voz hacia el interior del cristal.

—Coge el vaso. Suéltalo.

La misma orden del haoussa para los dos sospechosos.

—Cogerlo los dos a la vez.

Así, asido por las dos manos, el vaso es izado en alto. Queda en la cúspide del ángulo que forman los dos brazos.

El haoussa —Ayongono así lo piensa— está en el secreto. No sabe interpretar el significado de todos estos actos esotéricos, pero no le cabe ninguna duda de que constituyen un acercamiento hacia invisibles poderes reveladores.

—Poner aquí las manos.

Junta las diestras de los dos sospechosos, inclinadas, casi a la altura de la arena. A los costados de las manos unidas, coloca nuevamente los dos puñales. Pasa el vaso de los conjuros por encima de las manos.

Se dirige a Ntutumu.

—Bebe tres sorbos.

Terminada la libación, agrega mirando a Ndongo:

—Bebe tú otras tres veces.

De pronto el haoussa se dirige a D. Claudio:

Masa, tendrás que pagarme la gallina.

—¿Qué gallina?

—La que he sacrificado esta mañana: Aquí están las plumas.

—Bueno. Ya veremos. Te pagaré cuando hayas adivinado el nombre del ladrón.

—Pronto lo sabremos.

Ntutumu, Ndongo y Ayongono pasan al centro de la habitación llevando cerrado el brazo el alto. Inexplicablemente vuelven a ser tres los sospechosos.

El haoussa —qué hombre tan inteligente— da una vuelta en torno a los sospechosos. Seguro que de esta forma, al verles por todas partes, podrá adivinar mejor.

—Echa el papel en la olla.

Por orden cumplimentan el precepto del haoussa. Los papeles conteniendo los nombres de los sospechosos son arrojados en el recipiente, que tiene agua hasta media altura. Los papeles quedan flotando en la superficie del agua junto a las plumas de la gallina.

La varilla no ha cesado de fabricar humo, facilitando con ello el acceso a los espíritus.

Los papeles arrugados flotan como islillas. También flota el papel en el que el haoussa escribió los signos jeroglíficos.

¿El fuego de la purificación? ¿De la revelación? El haoussa ha incendiado los papelillos arrugados y uno de éstos arde insistentemente. Se resiste más que los otros a extinguirse. El haoussa lo coge. Queda por quemar medio nombre.

—Ntutumu... , resta en el papel:

La ordalía simbólica ha dado su resultado. Pero una solución al revés. El papel que medio se ha salvado es el que contiene el nombre buscado.

—Masa, no hay duda. El ladrón es Ntutumu.

Entonces D. Claudio toma la palabra:

Ntutumu es mejor que confieses y digas la verdad.

El interpelado mira sorprendido. El haoussa interviene:

—Te he conjurado ante Alá. Si antes de trer días no confiesas, morirás entre grandes dolores.

Todos fueron saliendo de la habitación.

Ayongono estaba satisfecho de que el ocultismo del haoussa hubiera sido eficaz. Aquel miedo que se veía en la cara de Ntutumu era la clara denuncia de su culpabilidad; La mirada del pá-mue se había quedado fija en las hojas garabateadas por el haoussa. Parecía como si los caracteres arábigos, los dibujos cuadrículados e invadidos con los nombres de todos los presuntos culpables, o la estrella de cinco puntas, bastantemente dibujada ejerciesen una especial imantación sobre la voluntad de Ntutumu, impidiéndole sustraerse a la contemplación de los exorcismos adivinatorios.

Ayongono comprendía bien aquel estado de ánimo. Se ponía en el lugar de Ntutumu. Es duro pensar que, en una determina-

da contingencia, sólo le quedan a uno tres días de vida. Pero así debe ser. Sólo así puede descubrirse muchas veces la verdad. La policía gubernativa ya se sabe lo ineficaz que resulta.

Y de pronto aquel terror, aquel grito casi animal:

—¡Que no me obliguen a tomar nada. Yo no beberé. Que me lleven a la cárcel, pero no beberé!

¿Qué mayor prueba de la culpabilidad de Ntutumu podía buscarse? Si se negaba a ingerir la ordalía no podría ser por otra causa que la de su conciencia responsable. Todos los africanos saben de sobra que aunque se ingiera veneno si es inocente, uno no se muere. Ahí está precisamente el poder de los antepasados, la obra de los espíritus.

Por primera vez habló el agente.

—Vamos Ntutumu. Ven con nosotros.

Le pusieron las esposas. Se calzó los zapatos. Con la cabeza gacha y un aire muy triste se marchó en el jeep de la policía.

UMBRIÓ.



Excursiones por la Isla de Fernando Poo

«HISTORIAS DEL RIO MOABA»

Por Luis J. Marhuenda

Antiguamente los bubis iban a pescar al río moaba provistos de cuerda y anzuelo. Pero, pasando el tiempo, un grupo de submarinistas de Santa Isabel tuvieron ocasión de recalar por aquellos lugares provistos de pertrechos: gafas, aletas, tubo, etc. que les dan un aspecto irreal de seres de otros planetas.

Aquella primera incursión de submarinistas tuvo repercusiones anecdóticas y pintorescas que trataré de explicar.

El Moaba es llamado también «río Tiburones.» Esta denominación de «Tiburones» se ha dado a muchos ríos de la Isla. Es más. El río Sácriba y el mismo poblado Sácriba fang deben su nombre a la transformación de las palabras inglesas «shark» (tiburón) y river (río).

Con éste, son cuatro los ríos de la isla que deben su nombre al temible escualo tan abundante en nuestras aguas.

Tiene fama el río Moaba de ser el más abundante en Tiburones porque cuando la marea sube ellos

entran en busca de pescado, del abundante pescado que vive en las aguas tranquilas de los remansos que forma el río después de haberse estrellado el agua de sus cascadas en el suelo. Son pozas que algunas de ellas tendrán más de 15 metros de profundidad. El Moaba tiene algunas de 40 y 50 metros de ancho por otros tantos de largo. Así pues no es de extrañar que allí puedan entrar los tiburones en marea alta y que en algunas ocasiones no hayan podido salir antes de la bajamar. Por eso los viajeros de Ureka, cuando se dirigen hacia Moca, tienen la precaución de calcular antes el momento en que se puede pasar el río sin peligros durante la baja marea. Y naturalmente, el baño en aquellos remansos es algo prohibido, no por las leyes de aquellos poblados sino por las de la prudencia, mucho más firmes y enérgicas que las otras.

Por eso cuando un grupo de muchachitos urekanos, paseando por aquellas playas encontraron ante sí la extraña figura de un submarinista con su peculiar atuendo, atuendo que ellos, por otra parte nunca ha-

bían visto, podemos suponer su sorpresa y miedo ante la creencia de que era una figura surgida de las aguas del río. Así fueron hasta el poblado corriendo asustados a avisar a sus mayores con lo que se trasladaron en comisión hasta el río Moaba con lo que tuvieron ocasión de conocer este nuevo deporte de la pesca submarina.

En aquella ocasión tenemos noticias de que se capturaron más de 137 y ninguno de ellos bajaba de tres kilos. Claro que estos son los comentarios de los pescadores y bien sabido es que la costumbre de los pescadores es exagerar, si no el número, si las dimensiones de sus presas.

Pero imaginemos que exista exageración en peso y no en el número. Ciento treinta pescados en un solo día es mucho y más teniendo en cuenta que los submarinistas ni una sola vez entraron en el mar, sino que todos los pescaron en los remansos del río. Así de pródigo es el Moaba para quienes se toman la molestia de ir a visitarlo.

Y no se piense que aquella pesca fue única. Años siguientes han seguido yendo expediciones y siempre se han capturado cantidades ingentes de pescado. Hasta el punto de que los submarinistas, antes de sentarse a la mesa se preguntaban: ¿Qué pescado preparamos hoy? ¿grande? ¿pequeño? ¿colorado?. Y según gussto y apencias de los expedicionarios se metían en las pozas y dos o tres minutos después salían habiendo capturado el tipo justo que se les había solicitado, Si esto no es algo propio

del paraíso que venga Adán y lo vea.

Las aguas de los ríos Moaba y Loara son de una limpieza absoluta. Es agua que se bebe al tiempo que en ella se nada. No es extraño oír a nuestro lado exclamar: «Tengo sed, voy a beber un trago». Y se lanza al agua saliendo al acto seguido con la sonrisa satisfecha de quien ha saciado su sed a gusto.

Es frecuente en los que ya conocen aquellos lugares, cuando llegan después del cansado viaje desde Moca, con el cuerpo cansado y la boca reseca por la sed, ver que prefieren ir directamente al río, allí donde el agua burbujea y salta entre las piedras y la profundidad es apenas un par de palmos... y acostarse en el lecho, dejando que la caricia fresca de las gotas inunde su cuerpo abriendo al mismo tiempo boca y dejando que la misma fuerza del río haga entrar el agua en cristalinos choros hasta el sediento estómago.

Todo esto que pueden parecer placeres epicúreos y que en verdad lo son tienen la extraordinaria ventaja de incluir en ella unos magníficos valores para la salud.

Sudar, bañarse, nadar, caminar, beber agua pura y hacer vida al aire libre... todo ello es sano, todo fortalece al cuerpo al tiempo que el espíritu recibe los gratos dones que la naturaleza le prodiga con sus bellos paisajes.

Una de las cosas más pintorescas de la playa del Moaba es el farallón puntiagudo que nace en el centro de la playa en el mismo lugar de la desembocadura. Es una roca de

veinte o treinta metros de altura por cinco o seis de ancho que causa la impresión de ser uno de esos monumentos megalíticos llamados menhires aunque por sus considerables dimensiones hubiera resultado imposible su construcción al hombre prehistórico.

A esta enorme roca llaman algunos el «menhir». Otros la llaman «la lanza» por su apariencia puntiaguda. Otros la llaman «el picacho» así le han ido dando nombres los asiduos visitantes asombrados por su impresionante apariencia. Las numerosas fotografías de él obtenidas causan gran asombro a quienes las contemplan.

En este picacho cazó hace cuatro años un águila de grandes dimensiones el estupendo cazador y montañero Romón Burcet. Llevaba una carabina cuyas balas habían atravesado durante quince días de fracasada expedición a la Gran Caldera toda clase de hojas y de árboles. Nunca había dado en el blanco. El siempre había preferido la escopeta del 12 con la que había conseguido abatir veinte monos y otros tantos antílopes y cabras. Regresaba de la expedición un poco mohino porque no habían conseguido entrar en la Gran Caldera. Su disgusto lo ocultaba con su habitual buen humor y este buen humor se intensificó cuando de un disparo perfecto abatió al águila que desde la cúspide del «menhir» le desafiaba con orgullo.

También junto a aquel «menhir» en cierta ocasión tuvimos ocasión de ver un bonito espectáculo. De to-

dos es sabido que los fritambos y las cabras merodean por debajo de los árboles donde hay monos porque éstos, juguetones, mordisquean los frutos y los tiran luego al suelo siendo esto uno de los alimentos más seguros de los antílopes. Pues bien una vez un grupo de monos de los llamados «colas rojas» cruzó el pequeño trecho de la playa que hay entre los escarpes que bordean el Moaba y el menhir de que hablamos. Escalaron éste ya que en la cumbre brillaban algunas frutas que a ellos les parecían sabrosas.

Tras los monos llegó una familia de fritambos y allí en las arenas se entretenían en modisquear lo que dejaban caer los simios. Y tal fue su entusiasmo y ensimismamiento que no se dieron cuenta de que la marea estaba subiendo.

Hay épocas en que la marea sube de tal forma que el menhir queda totalmente rodeado de agua y sólo junto a él unos veinte metros cuadrados de playa se ven libres de la acuática invasión. Los fritambos quedaron copados. Intentaron varias veces saltar, pero el mar enviaba olas valientes que amedrentaban a los animalillos. Los monos a su vez como quiera que la cúspide no les ofrecía más que un arbolillo se cansaron o terminaron con los frutos y decidieron bajar y allí se encontraron con los fritambos en la trampa de la pleamar. Los antílopes son callados y sumisos. Sólo sus ojos revelan tristeza, pero los monos tienen su genio, y mal genio cuando se enfadan. Al verse allí atrapados empezaron a gritos y a golpes entre

sí, saltando enfurecidos hasta que su enfado se volvió sobre los fritambos. Y así les sorprendió un viajero, rodeados de agua, saltando sobre el lomo a guis de caballo y azuzándolos encolerizados mientras gritos y denuestos escapaban de su garganta porque denuestos o insultos serían probablemente el significado de aquellos chillidos.

Horas después, exhaustos de su berrinche, contemplaron cómo las a-

guas bajaban dejándoles el camino expedito para volver a sus verdes selvas.

Y entonces, en cordial campaña cruzaron la playa sin olas importunas y se internaron en el bosque. El viajero que contempló esta escena asegura que los monillos, cuando desaparecieron en espesura todavía iban murmurando por lo bajo Dios sabe qué extraños insultos en su incomprensible jerga simiesca.

EMPRESA FRANCESA

**Liquida grandes existencias tiendas
campaña a precios rebajadísimos.**

Vadesa Valencia, 280 1.º Barcelona.